

LA GUERRA CARLISTA

1

Al amor de la lumbre de los hogares en las noches de invierno, que es cuando las personas mayores contaban sus historias, mi padre recordaba haberle oído a su abuela, que todo el pueblo salía a las eras de la umbría para ver a las tropas que subían hacia San Pedro Manrique, en una caravana de hombres y acémilas.

Seguramente que mi bisabuela lo había oído contar a sus padres o abuelos, pues ella no había nacido aún cuando aconteció la guerra carlista.

Había razones de importancia para que tantos muertos en la sierra se recordasen todavía, sobre todo en Valdeperillo, que fue donde se les dio cristiana sepultura; pero la memoria histórica es cruel con los vencidos.

La primera escaramuza que acontece de guerra civil en nuestra tierra es en 1820 entre liberales y absolutistas, partidarios de Fernando VII: "*...durante el régimen constitucional, año 1820, efectuaron salida guerreras para asegurarla contra las huestes realistas, hacia el barrio de Rincón de Olivedo o Las Casas, donde batieron a Salaverri y las repitieron en dirección a Agreda, en donde coparon a ocho de los peleadores que acaudillaba un tal Navarro y las prolongaron después camino de Cornago, pueblo en el que arrasaron los muebles de un capitán contrario llamado don Francisco Javier Francés*".

Dieciséis años más tarde, es otra variante de guerra civil, que asolará el siglo: la guerra carlista. Todo comenzó un mes de diciembre de 1836, en pleno apogeo de la guerra carlista, que abrasaba España. El general Ramón Cabrera conocido como "el Tigre del Maestrazgo",² fue uno de los que trajo la guerra a nuestras sierras. Venía con un ejército maltrecho compuesto por 800 hombres, supervivientes de Rincón de Soto, donde tuvieron más de 300 muertos con 21 oficiales prisioneros, tras un mal encuentro con un jefe liberal llamado Iribarren, que mandaba el ejército de la Ribera. En su huida hacia las tierras de Soria, tomó el camino más corto, buscando un respiro o campo más favorable.

Este ejército, que causó sorpresa a los cornagueses, y que no se paró en nuestro pueblo, estaba compuesto por mozos valencianos y manchegos que se perdieron monte arriba, con su desgracia auestas. Pasaron camino de San Pedro hacia Oncala y, en Arévalo pararon a descansar. Fueron sorprendidos por una columna liberal mandada por el Comandante General de la provincia de Soria, Saturnino Albuín.³

Eran mozos alcarreños con escasa preparación militar y poca experiencia. Hasta su encuentro en Rincón de Soto habían ido eludiendo el combate: salieron de Sigüenza, marchando luego hacia Medinaceli y Almazán, cambiando el rumbo hacia el valle del Ebro, intentando enlazar con los ejércitos del Norte, pasando el río.

El encuentro de Arévalo debió ser muy sangriento. La noche pudo favorecer la desbandada, pero no evitó que los restos de este ejército fueran activamente perseguidos

¹ B.O. de la provincia de Soria y actas de la Diputación de la provincia de Soria.

² Recibió ese apelativo por las feroces campañas de represión que desarrolló tras el fusilamiento de su madre.

³ Luchó en la guerra de la Independencia a las órdenes de Juan Martín "El Empecinado", posteriormente se alió con los franceses e intentó apresarlos; con Fernando VII fue destacado absolutista, convirtiéndose posteriormente en convencido liberal.

por las gentes del país y por las tropas liberales. Entonces sierras de Soria, hoy sierras de Soria y La Rioja, se llenaron de fugitivos y comenzó la caza del hombre.

¿Qué pasó con el general Cabrera? Su fama y el desconocimiento de su paradero hicieron que por toda España surgieran toda serie de historias sobre su suerte, desde quien le daba por muerto, hasta quien lo imaginaba en el extranjero, incluso quien le veía acechando Madrid.

Un tal Clemente Sáenz describe las peripecias de Cabrera: *“...Recibió una cuchillada en la espalda y un bayonetazo en una pierna, a lo que se sumó un culatazo que lo hizo rodar por un talud. Se arrastró por tapias y vericuetos, y clamando junto al cadáver de un soldado, tuvo la suerte de ser reconocida su voz por el coronel Ramón Rodríguez Cano, que con su asistente y su caballo, andaba huido por aquella parte. Remontaron la cordillera y las luces del alba dieron con ellos lejos del campo de batalla”*.

Nunca debió salir de su tierra con estos mozos sin conocer el terreno y sin apoyos de la población.

El Boletín de la Provincia de Soria dijo: *“...No ha faltado un vil que ha prestado su apoyo a aquél azote de la humanidad, que le ha abrigado y curado y le ha puesto a salvo. Los malvados que han protegido al monstruo de Cabrera, son responsables ante Dios y ante los hombres de la sangre que va a enrojecer el suelo de Aragón y Valencia”*.

El vil a que hace referencia el B.O.P. de Soria fue un tal Manuel Morón, cura de Almazán, que lo albergó y ocultó en su casa. Posteriormente, Manuel Morón fue apresado y condenado a muerte, siendo al final canjeado por un destacado liberal.

El apoyo a Cabrera no fue obra de una sola persona, las actas de la diputación soriana dejan entrever que había otros implicados, pues aconsejan el cese del ayuntamiento de Almazán, pues *“...resultan indicios contra individuos de dicho ayuntamiento para mejor servicio de S.M.”*

Cabrera no fue apresado y pudo continuar sus andanzas, pero los mozos que dejó en la sierra no tuvieron tanta suerte.

El brigadier Basilio García organizó las fuerzas carlistas en La Rioja, realizando también sucesivas expediciones a Soria en 1936 y 1937, e igualmente su lugarteniente Juan Manuel Balmaseda desarrolló su actividad guerrillera en Soria hasta 1840. Lo cierto es que entre 1839 y 1843 fueron enterrados en el cementerio de Valdeperillo 225 personas. Esta cifra excede las posibilidades de la Aldehuela, donde solían fallecer unas 7 personas al año. Los años siguientes el número de muertos fue el habitual, lo que indica que los enterrados entre el 39 y el 43 fueron forasteros.

En el cementerio de Valdeperillo se enterraron muchos fugitivos, incluso alguno debió sobrevivir y quedó allí, pues el apodo de alguna familia “el Carlista” ha llegado hasta nosotros.⁴

⁴ Hace unos años visité San Vicente de la Sonsierra, el pueblo de la procesión de “los picaos”, donde aún se conservan tumbas en el monte, fuera de todo lugar sagrado, que son restos de la guerra carlista. Es fácil deducir que hubo interés en mantener el odio incluso después de la muerte.